

La providencia de San Bruno

Coindre esperaba nervioso delante de la puerta del despacho del Padre Bochard, vicario de la archidiócesis de Lyon. El joven sacerdote había descendido esa mañana, apresurado, las pendientes de la Croix-Rousse y, pasando por Saint-Nizier, su parroquia, había llegado a la magnífica catedral de San Juan, primera sede episcopal de Francia. Allí, junto a la sacristía, tenía un despacho el vicario Bochard.

Un joven seminarista con el pelo casi rapado al cero y el rostro blanquecino lleno de pústulas del acné, salió a la puerta del despacho y, llevando la mirada hacia el suelo, dijo:

—Adelante, Padre Coindre, el vicario Bochard le está esperando.

El despacho del vicario era una sala grande, iluminada por haces de rayos paralelos que se colaban por las dos ventanas góticas que daban al claustro. La mesa del vicario estaba aislada, en el centro de la sala, para que el visitante tuviera la sensación de que allí residía el poder y la sabiduría, alejadas del ruido del mundo. Las paredes estaban llenas de estanterías cargadas de libros, poco usados si atendemos al polvo que atemporalmente se había depositado sobre los volúmenes.

Coindre, que ya había entrado muchas veces en el despacho, seguía impresionado por la puesta en escena que el vicario había preparado para recibir a los visitantes. El vicario era un hombre de unos 60 años, vestía una sotana negra con pequeños botones que llegaban desde el cuello hasta el cíngulo que ajustaba su cintura. En el cuello llevaba el babero o rabat, también negro, con ribetes blancos en el en el contorno y en el corte vertical del centro.

—Hombre, mi buen Padre Coindre, dígame a qué causa debo el honor de su visita —dijo con parsimonia. Le gustaba hacer pausa entre las palabras, para que su mensaje de autoridad quedara reforzado. Bochard tenía un rostro de facciones algo vulgares, acentuadas por una nariz desviada, producto seguramente de un accidente de juventud. El cabello era totalmente cano, escaso por arriba, cubierto por un solideo negro que se desbordaba por detrás en una melena gris que le llegaba hasta la nuca.

—Vengo a pedirle un favor, Padre Bochard —dijo Coindre sentándose en la única silla que ocupaba el frente del escritorio del vicario.

—Si viene a pedir un favor, he de entender que no es para usted —adelantó el vicario dirigiendo a Coindre una media sonrisa de inteligencia—. Supongo que anda usted metido en líos de caridad con los pobres. Mire Coindre, la misericordia es una de las enseñanzas de Dios Nuestro Señor, pero también es preciso saber ocupar el lugar que a cada uno le corresponde. Su oficio es la predicación. Todos conocemos sus cualidades para la oratoria sagrada, pero mucho nos tememos que usted puede echar a perder estos dones que Dios le ha dado dedicándose a otras cosas absolutamente loables, pero que, al fin y al cabo, son obstáculos para la verdadera vocación. Recuerde aquello de “María ha elegido la mejor parte y no se la quitarán”, a pesar de que Marta se afanaba en servir al Señor.

—He tratado de seguir sus consejos, Padre Bochard —respondió Coindre mientras se acercaba un poco más a la mesa y se preparaba para exponer sus razones con pasión, como acostumbraba cuando el argumento comprometía su propia vida y la de los demás—. Como usted sabe, me he

ofrecido para integrar el comité que visita a las prisiones. Hace unos días estuvimos en la prisión de Roanne, y lo que allí vi me conmovió profundamente. Miseria, suciedad y hambre son los compañeros habituales de los presos, pero lo de la prisión de Roanne sobrepasa todos los límites de la degradación humana. Terribles gritos, pobres hombres mujeres que han perdido la cabeza y caminan semidesnudos, presos renegados que lanzan terribles blasfemias cuando ven a un sacerdote, niños inocentes mezclados con hombres adultos de mirada huidiza y sucia...

—Ese tema ya lo habíamos tratado, Coindre —interrumpió Bochard alzando las manos como si fuera una excusa preventiva—. Usted me dijo que había puesto maestros para esos niños y que incluso el gobernador de la prisión había accedido a separarlos en una sala distinta a la de los presos adultos.

—Así es —respondió Coindre con inquietud—. Pero lo que hemos hecho no es suficiente. En cuanto estos muchachos salen de prisión, vuelven a delinquir, porque no tienen ninguna posibilidad de llevar una vida honrada. No tienen familia, nadie los contrata, son expulsados de todos los sitios, y al poco tiempo de salir de la prisión, están otra vez de vuelta, con peores costumbres que las anteriores.

—Dígame entonces qué es lo que quiere —dijo Bochard, algo impaciente, ante la efusividad recurrente y caritativa del joven sacerdote.

—No creo que sea mucho trastorno para usted —continuó Coindre con una petición cuyos términos había repasado una y otra vez—. Hace unos meses le pedí una celda de los cartujos, de las que compró el cardenal Fesch y que ahora pertenecen a la diócesis, para una providencia de niñas. La gestión de las Hermanas de San José y la colaboración del grupo de la señorita Thévenet están logrando resultados espectaculares. Ahora quiero solicitarle otra celda, la que está a la izquierda de la puerta lateral de la iglesia de San Bruno, para colocar allí una pequeña providencia, pero esta vez para chicos.

—Pero querido Padre Coindre —dijo el vicario levantándose de la mesa y comenzando un paseo por la habitación—. Usted, como yo, sabe que las providencias de muchachos no pueden funcionar. Esos chicos de la prisión son ingobernables. La mayoría han sido despedidos del trabajo por ladrones, desobedientes, violentos, bandidos. ¿Cómo piensa usted ponerlos a trabajar? —concluyó el vicario con un cierto tono de sorna que venía a decir, “¿se cree usted más listos que los demás?”

—Solo van a ser cuatro o cinco muchachos —dijo Coindre bajando el tono de voz, tratando de llegar al vicario por el camino de la humildad—. Es verdad que han cometido equivocaciones, pero ha sido más por superficialidad que por otra causa. Como le digo, nadie quiere recibirlos, ni siquiera pagando dinero por su educación. Están solos en el mundo. Sólo nos tienen a nosotros.

—¿Y quién se va a encargar de ellos? —dijo el vicario que seguía caminando, esta vez en círculos alrededor de la mesa. La última frase de Coindre había herido su sensibilidad. Al fin y al cabo, ante la ausencia del cardenal Fesch, él era el principal responsable de una diócesis en la que bastaba salir a la calle para comprobar el estado calamitoso en el que vivían muchos jóvenes—. Usted no puede ni debe, tiene sus misiones, y las Hermanas de San José no están acostumbradas a tratar con este tipo de jóvenes.

—He encontrado un muchacho comprometido con la caridad y la religión, que podría ser su maestro —dijo Coindre tratando de sonar lo más convincente posible—. Se llama a Antoine Ghenton. No tiene todavía 20 años, pero posee las cualidades necesarias para ser un referente para esos chicos.

El vicario seguía con su paseo alrededor del Padre Coindre, que permanecía sentado, inmóvil, de tal manera que el Padre Bochard aparecía y desaparecía en cada vuelta, como si fuera el sol en su movimiento de traslación.

—Veo que ha traído usted todos los argumentos bien dispuestos. Yo no creo que esto vaya a funcionar. Le digo más, en veinte días tendrá usted a los muchachos de vuelta en la prisión y al joven ese en el manicomio. Pero sea. Ahí tiene usted la celda de los cartujos. Todo lo demás corre por su cuenta.

—Muchas gracias Padre Bochard. Usted me da veinte días. Yo creo que esto va a ser una gran obra, que va a durar mucho, mucho más tiempo.

Coindre salió del despacho con una sonrisa en los labios y elevando los ojos al cielo para rogar a Dios por el futuro de la providencia de San Bruno